

THOMAS P. KELLEY

LA TUMBA DE CLEOPATRA

Emocionante y misterioso relato de las casi increíbles aventuras que le ocurrieron a un joven americano que fué en busca de la tumba de la famosa reina egipcia.

CAPITULO PRIMERO

LA DAMA DE MEDIANOCHE

Más allá del último puesto avanzado, en pleno corazón del Sahara, rodeado por altísimas cumbres, se halla el terrible valle que guardaba el Arbol de la Vida. Ningún hombre conoce el emplazamiento del oculto valle que arde cuando el sol está en el cenit. Ningún hombre escucha sus sollozantes vientos, ni ve los seres que aullan a las estrellas en las fantasmales horas de la noche. Precisamente en la base de la montaña sur se encuentra la roca que oculta la solitaria tumba. Junto a ella hállanse las ruinas de un olvidado templo, erigido en aquellas lejanas épocas en que el mundo era aún joven.

Ante todo debo advertir a mis lectores que ninguno de ellos creará en la veracidad de esta extraña historia. El cerebro humano se muestra pronto a dudar de lo bizarro, y esta historia nos traslada más allá de los límites de la cordura. Yo mismo he intentado convencerme infinidad de veces de que todo esto ha sido algo más que un horrible sueño.

Estos recuerdos vendrán a demostrar su realidad. Entre las brumas del sueño arden ojos de fuego y llegan vibrantes carcaja-

das. En sueños recorro kilómetros y más kilómetros de arena, y cabalgo y lucho con seres humanos que viven en las sombras. En esos sueños asisto a las violentas cargas de hordas bárbaras, y asisto a las torturas de una delgada joven de oscuros ojos.

Entonces despierto para darme cuenta de que los secretos del Sahara son míos y de que sólo yo, entre todos los hombres, sé dónde está aquel árbol cuyo prohibido fruto fué probado por Adán y Eva.

Pero, empezando por el principio: es curioso que fuese precisamente la última voluntad de mi padre la que diera origen a toda la aventura. La gran depresión no se detuvo a las puertas de la casa de los O'Hara, y la primavera de 1934 vió reducida casi a nada la, en un tiempo, comfortable fortuna de mi padre. Esto, unido a la muerte de mi madre, ocurrida dos años antes, fué causa de que yo, Brian O'Hara, quedara solo para continuar con la notaría que había pertenecido desde hacía mucho tiempo a la familia. Seguramente hubiera reanudado en seguida mi trabajo de no ser por el antiguo y extraño pergamino.

La manera que dicho pergamino tuvo de